**El Estado post-COVID**

**Project Syndicate**

**5 de junio de 2020**

Por Daron Acemoglu[[1]](#footnote-1)

Versión original en inglés disponible en: <https://www.project-syndicate.org/onpoint/four-possible-trajectories-after-covid19-daron-acemoglu-2020-06?utm_source=Project+Syndicate+Newsletter&utm_campaign=250f88a0d2-sunday_newsletter_07_06_2020&utm_medium=email&utm_term=0_73bad5b7d8-250f88a0d2-107115657&mc_cid=250f88a0d2&mc_eid=a9a91c5be2>

*Dada la naturaleza y la escala de las demandas que se imponen a los estados modernos, está claro que "los negocios como de costumbre" ya no serán suficientes, incluso si sigue siendo la opción más fácil. Para los ciudadanos de las democracias del mundo, la elección finalmente será entre varias formas de abdicación y acción concertada.*

CAMBRIDGE, el mundo está experimentando uno de los momentos más transformadores de los últimos 75 años. Las consecuencias sociales, económicas y políticas de la crisis del COVID-19 ya han sido verdaderamente trascendentales, y lo más probable es que apenas hayan comenzado a sentirse. En los Estados Unidos, más de 40 millones de trabajadores han presentado solicitudes de desempleo desde mediados de marzo, y cada vez más familias están siendo llevadas al borde de la pobreza. En todo el mundo, millones más se enfrentan a condiciones aún más precarias, y se espera que 40-60 millones de personas caigan por debajo de la línea de pobreza extrema de menos de $ 1.90 por día.

La mayoría de los gobiernos han demostrado estar peligrosamente poco preparados para la crisis, lo cual ha expuesto debilidades profundamente arraigadas en los sistemas de salud pública y seguridad social en países ricos y pobres por igual. Las tensiones sociales y políticas que han estado hirviendo por debajo de la superficie del orden económico mundial han comenzado a desbordarse, como lo demuestran las protestas en los Estados Unidos por el reciente asesinato de un hombre negro desarmado, George Floyd, por cuatro oficiales de policía en Minneapolis.

Como se ha observado ampliamente, el número inaceptablemente alto de muertes por COVID-19, especialmente en los Estados Unidos y el Reino Unido, está estrechamente relacionado con los grotescos niveles de desigualdad en ambos países. Justo antes de que ocurriera la pandemia, el 12-15% de la población de los EE. UU. estaba recibiendo asistencia alimentaria, más del 42% de los adultos calificados son obesos, casi el 9% de la población todavía carecía de seguro de salud y el 20% estaba cubierto por Medicaid.

Ahora, debido a la pandemia, hemos sido testigos de una expansión del papel del gobierno en la economía a un ritmo y en una escala sin precedentes modernos. Irónicamente, a pesar de la polarización máxima y la falta de confianza en las instituciones gubernamentales, muchos comentaristas preferirían que el estado tenga aún más poder para regular el comportamiento, recopilar información privada y obligar a las personas a someterse a pruebas y cuarentenas.

**PRIMERO COMO TRAGEDIA**

Las condiciones en las que nos encontramos equivalen a lo que James A. Robinson y yo llamaríamos una "coyuntura crítica". En nuestro libro de 2012, Why Nations Fail, describimos escenarios históricos similares en los que la inestabilidad profunda se presta a la posibilidad de un cambio institucional radical, pero sin ninguna claridad en cuanto a la probable dirección de ese cambio. Dependiendo de sus instituciones, estructuras de poder, líderes políticos y otros factores, las sociedades en tales coyunturas se embarcan en trayectorias radicalmente diferentes. La historia y las condiciones actuales sugieren cuatro posibilidades, cada una con implicaciones económicas, políticas y sociales muy diferentes.

El primero es el "asunto trágico como siempre", en el que, parafraseando a Karl Marx, la historia del presente disfuncional simplemente se repite. En este escenario, no hacemos ningún esfuerzo serio para reformar nuestras instituciones en quiebra, o abordar las inequidades económicas y sociales que se han vuelto endémicas. No fortalecemos el papel de la experiencia y la ciencia en la toma de decisiones, ni tomamos medidas para aumentar la resistencia de nuestros sistemas económicos, políticos y sociales. Simplemente aceptamos la profundización de la polarización y el colapso de la confianza pública. Este camino es muy probable si nuestros líderes no entienden la gravedad del problema, o si no podemos organizarnos para exigirles las reformas necesarias.

No hace falta decir que las consecuencias de los trágicos negocios como siempre serían terribles. El COVID-19 difícilmente será la última emergencia pública que nos confronte durante este siglo, o incluso durante esta década, y habríamos heredado de la crisis actual un gobierno mucho más grande y poderoso que carece de la capacidad o voluntad de usar sus recursos para abordar los males sociales generalizados. Eso alimentaría aún más el descontento y la alienación, porque la brecha percibida entre el poder del gobierno y su capacidad para abordar las necesidades de las personas se ampliaría.

La parte de "tragedia" de este camino vendría cuando nos demos cuenta de que los negocios como siempre no pueden durar. De una forma u otra, la política democrática comenzará a desmoronarse, y algo aún peor el nacionalismo populista probablemente surgirá para llenar el vacío.

**¿RENOVACIÓN CON CARACTERÍSTICAS CHINAS?**

El segundo camino posible es "China-lite", que se ha vuelto cada vez más probable para el momento "hobbesiano" que estamos viviendo. Escribiendo en medio de la Guerra Civil Inglesa (1642-1651), Thomas Hobbes creía que cualquier población humana requiere un estado todopoderoso para mantener a los individuos a salvo unos de otros. La sociedad, argumentó, prosperaría si cediera su voluntad al Leviatán. En tiempos de profunda incertidumbre, cuando existe una necesidad de coordinación y liderazgo de alto nivel, el primer instinto de muchas personas es recurrir una vez más a las soluciones hobbesianas.

En el caso de COVID-19, una de las lecciones más obvias de la crisis es que se necesita un gobierno poderoso para manejar emergencias a gran escala. Pero, ¿cómo sería un gobierno así?

La China contemporánea es un ejemplo destacado. En este escenario, las democracias occidentales intentarían emular a China preocupándose menos por la privacidad y la vigilancia, al tiempo que permiten un mayor control estatal sobre las empresas privadas. Después de todo, una de las narrativas estándar que surgió de la pandemia es que la infraestructura preexistente de China para espiar y controlar socialmente le permitió responder al virus de manera más rápida y mucho más efectiva que los Estados Unidos. También se podría imaginar a los ciudadanos de las economías avanzadas que deciden que la gobernanza democrática es demasiado ineficiente o difícil de manejar para enfrentar los desafíos de un mundo globalizado e interconectado.

Pero China-lite no necesita surgir por elección consciente; También podríamos tropezar con ella sin saberlo. La experiencia de las dos guerras mundiales del siglo XX muestra que una vez que se expande el gasto y los impuestos del gobierno, tiende a permanecer en esos niveles superiores.

Lo mismo ocurre con otras formas de poder estatal. En los Estados Unidos, una vez que el FBI y la CIA se crearon y se dotaron de capacidades de vigilancia y aplicación de gran alcance, había pocas posibilidades de que alguna de las agencias renunciara a esos poderes. A pesar de las reformas en la década de 1970, tras las revelaciones de abuso generalizado y una investigación del Senado de los Estados Unidos, el estado de seguridad nacional de Estados Unidos se ha expandido dramáticamente desde los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001.

Esto no sugiere que un país como Estados Unidos pueda convertirse en China de la noche a la mañana. Pero podría llegar un momento en que haya superado gradualmente un umbral sin marca: cuando su régimen de vigilancia nacional, sus leyes y convenciones de privacidad y sus políticas económicas empiecen a parecerse más a las de la China contemporánea que a las suyas propias de hace unas décadas. En este punto, los Estados Unidos se habrían convertido en una versión bastarda de China, porque probablemente todavía carecería del nivel de capacidad estatal que se ha desarrollado en China durante más de dos milenios y medio.

Por ejemplo, una gobernanza menos democrática podría ir de la mano con acciones burocráticas menos efectivas y más arbitrarias en muchos ámbitos. En lugar del sofocante pero usualmente despotismo competente del estado chino, EE. UU. podría terminar operando como un Departamento de Vehículos Motorizados (DMV) digital hipertrófico, una de las burocracias más notoriamente ineficientes que se encuentran en los 50 estados de EE. UU. cuentas presidenciales de Twitter. Inevitablemente, este tipo de estado fracasaría, desencadenando dinámicas de final de juego similares a las asociadas con el escenario "trágico como siempre".

**ASÍ HABLÓ ZUCKERBERG**

La tercera trayectoria conduce al dominio tecnológico o "servidumbre digital". Para volver al ejemplo de los EE. UU., Imagínese que los Estados Unidos, como sociedad, reconoció la necesidad de una coordinación generalizada, pero perdió aún más confianza en el gobierno y las instituciones públicas, debido a la espectacular falla de la administración Trump para manejar la crisis COVID-19. Más o menos por defecto, los estadounidenses dependerían de compañías privadas como Apple y Google, que podrían intervenir para administrar las pruebas, el seguimiento de contactos y otras medidas de respuesta a la pandemia de manera mucho más eficiente que el gobierno.

De hecho, Apple y Google ya han anunciado una asociación para rastrear contactos virales a través de dispositivos móviles iOS y Android. Los mismos gigantes tecnológicos ya están ofreciendo las innovaciones creativas necesarias para mantener muchas formas de actividad económica durante los períodos de encierro y distanciamiento social. Más allá de las opciones mejoradas de comunicación y entretenimiento en línea para evitar que el público se aburra la inteligencia artificial y los avances en las tecnologías de automatización prometen permitir que las fábricas, las plantas de procesamiento de carne y muchos otros sitios de producción críticos sigan operando a escala.

A medida que más y más de estas tecnologías parezcan indispensables, las compañías privadas detrás de ellas acumularán más poder; y en ausencia de una alternativa viable basada en el estado, el público podría expresar pocas objeciones. Las mismas empresas, por supuesto, continuarán recolectando datos personales y manipularán el comportamiento de los usuarios, pero tendrán aún menos de qué preocuparse del gobierno, que se convertiría en una especie de sirvienta subordinada a Silicon Valley.

Con el tiempo, los defensores de la economía pandémica crecerían mucho, mucho más, exacerbando las condiciones preexistentes como la creciente desigualdad. Silicon Valley luego propondría sus propias soluciones, impulsando un ingreso básico universal, escuelas autónomas y más gobierno electrónico. Pero en la medida en que estas medidas simplemente cubrirían los problemas subyacentes, es probable que conduzcan a un descontento y una frustración aún más amplios con el tiempo. ¿Las crecientes filas de personas desempleadas se conformarán con una miseria mensual en ausencia de perspectivas económicas reales? Probablemente no. A largo plazo, el tercer camino llegaría al mismo destino distópico que los dos primeros.

**EL NUEVO ESTADO DE BIENESTAR**

Afortunadamente, la cuarta opción, "estado de bienestar social 3.0", podría conducir a un horizonte más brillante. La primera iteración del estado de bienestar surgió de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. En los Estados Unidos, presentó políticas como la seguridad social y el seguro de desempleo, y más tarde recibió una mejora importante con programas adicionales como Medicaid y Medicare (seguro de salud del gobierno para mayores de 65 años) en la década de 1960.

La segunda versión llegó en la década de 1980, después de la llegada al poder de Ronald Reagan en los Estados Unidos y Margaret Thatcher en el Reino Unido y, posteriormente, el colapso de la Unión Soviética. En muchas partes de Occidente, y particularmente en los EE. UU. y el Reino Unido, el estado de bienestar 2.0 ascendió a una rebaja: una iteración debilitada y menos efectiva de lo que había sucedido antes, con muchas protecciones antiguas, como sindicatos, limitados o castrados.

Para anticipar lo que podría, y debería, venir después, uno debe comenzar con una comprensión de las necesidades actuales. Claramente, muchas economías avanzadas necesitan una red de seguridad social más fuerte, una mejor coordinación, una regulación más inteligente, un gobierno más efectivo, un sistema de salud pública significativamente mejorado y, en el caso de los EE. UU., formas de seguro de salud más confiables y equitativas.

Casi todo el mundo está de acuerdo en que los gobiernos deben asumir más responsabilidades, al tiempo que se vuelven más eficientes. También es seguro suponer que la expansión de la era de la pandemia en el gasto, la regulación, la provisión de liquidez y otras intervenciones se volverá permanente hasta cierto punto (aunque eventualmente tendrá que incluir también la tributación ampliada). Pero este gobierno más grande sería fundamentalmente diferente del estado del DMV en el escenario de China lite. A medida que el estado se fortalezca, también lo harían las instituciones democráticas y los mecanismos de participación política adecuados para monitorear sus acciones y responsabilizarlo.

Sin duda, los otros tres escenarios siguen siendo posibles, y el estado de bienestar 3.0 podría ser una ilusión. Sin embargo, vale la pena señalar que algo muy similar ha sucedido antes. Como Robinson y yo mostramos en nuestro libro más reciente, The Narrow Corridor, este cuarto camino es la forma más común y directa de lograr una verdadera capacidad estatal, democracia y libertad al mismo tiempo.

El aumento del estado de bienestar 1.0 ilustra esta dinámica claramente (al igual que el fracaso del estado de bienestar 2.0 demuestra lo que puede suceder cuando se persigue la eficiencia a expensas de una aceptación social más amplia). Antes de la década de 1930, no había mucha red de seguridad social en ninguna parte del mundo, y la capacidad reguladora del gobierno era limitada. Pero la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial cambiaron todo eso.

En 1942, William Beveridge, de la London School of Economics, dirigió un comité gubernamental para escribir el ahora famoso Informe Beveridge, que ofrecía una visión de un estado de bienestar británico de la posguerra que garantizaría la seguridad social, la atención médica y otros bienes básicos para todos los ciudadanos.

Algunos críticos en el momento reaccionaron a estas propuestas con horror. El economista Friedrich von Hayek, entonces un nuevo emigrante de Viena que enseñaba en la LSE, vio el estado de bienestar moderno como un paso hacia el totalitarismo. Creía que el papel de los gobiernos en el control de los mercados y la fijación de precios previstos por el Informe Beveridge pondría a la sociedad en "el camino hacia la servidumbre".

Pero Hayek estaba equivocado. Primero en Suecia a partir de 1932, y luego en el resto de Escandinavia, Europa occidental y Estados Unidos, el estado asumió más responsabilidades y se hizo más grande, pero la democracia se profundizó y la participación política popular se expandió.

**EL ÚNICO CAMINO HACIA ADELANTE**

Hoy en día existe un acuerdo creciente de que necesitamos instituciones mejores y más responsables, así como una forma más equitativa de compartir las ganancias del progreso tecnológico y la globalización. Las voces de la izquierda y la derecha argumentan, no sin razón, que el juego está diseñado para beneficiar a una cohorte pequeña pero poderosa y bien conectada en la parte superior de la pirámide de ingresos y riqueza.

Especialmente ahora que el mundo está asediado por una pandemia, cada vez nos damos cuenta de que nuestros sistemas son demasiado frágiles y vulnerables para los desafíos del siglo XXI. Incluso si muchos países están lejos de llegar a un consenso sobre cómo sería un futuro mejor, reconocer el problema es siempre el primer paso para construir algo mejor.

La creencia en la posibilidad de un nuevo y mejor estado de bienestar no es una fantasía. Pero sería ingenuo suponer que sucederá fácilmente, y mucho menos surgirá por sí solo. Los esfuerzos para fortalecer la democracia y la rendición de cuentas deben ir de la mano con una expansión de las responsabilidades del estado. Lograr el equilibrio correcto sería difícil incluso en el mejor de los casos.

En un momento de polarización incomparable, normas democráticas desmoronadas y una capacidad institucional cada vez más reducida, un estado de bienestar reformado y renovado es una tarea difícil. Pero como la generación de la Segunda Guerra Mundial, no tenemos otra opción que intentarlo.

1. Daron Acemoglu, profesor de economía en el MIT, es coautor (con James A. Robinson) de Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity and Poverty y The Narrow Corridor: States, Societies, and the Fate of Liberty. [↑](#footnote-ref-1)